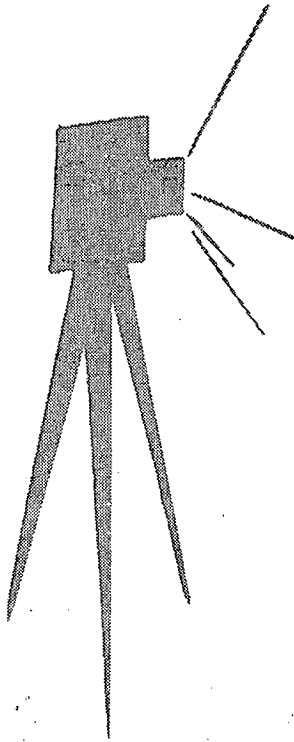


# ¿CIEN AÑOS MAS DE INCERTIDUMBRE?



¿Existe el cine venezolano? ¿Cómo podríamos catalogarlo? ¿Cuántas películas nacionales se estrenarán el año que viene? ¿Cuántas semanas durarán en cartelera? ¿Podremos algún día en un futuro (próximos cien años) ir a ver alguna película venezolana en la calle 42, o estamos condenados a ser exhibidos exclusivamente en el marco de la «semana cultural venezolana» en Toulouse o Montevideo? ¿Podrá repetirse la hazaña de Macu y lograr que una película venezolana sea la más taquillera del año? ¿Llegaremos en competencia a Venecia, Berlín o Cannes? ¿Ganaremos? ¿Trasmitirá el satélite del grupo Cisneros imágenes de nuestro cine para cualquier otro continente? ¿Qué significa llamarse cineasta, aquí, a cien años de los hermanos Lumière?

Estas y otras tantas preguntas nos acosan sin que las podamos responder con certeza, aunque es necesario decir que para cada una de ellas tenemos amplísimas explicaciones que, si bien no son totalmente convincentes, nos permiten no desesperar.

Pero dejemos, por los momentos, tanta incertidumbre y veamos qué está pasando, o qué es más o menos lo tangible en esa «cámara oscura» que llamamos cine nacional.

Algo concreto: a finales de 1993 se logró un forzado pero exitoso consenso en el Congreso para sustentarlo legalmente; lo que no podemos asegurar es si existe y qué significa. Significa que ahora tenemos una Ley de Cinematografía que está allí, aunque el año pasado se hayan estrenado sólo dos películas y aunque los espectadores parecieran querer olvidarse del cine hecho en casa. Felizmente para los realizadores, existe entonces una gaceta oficial que sostiene nuestra Ley y numerosas latas cargadas con celuloide que dan fe de que, con o sin respaldo, tenemos cédula de identidad y evidencias que mostrar. Existimos legalmente. Pero, para los que toman el Metro..., ¿también existimos?

Algo todavía más concreto: la Ley de Cine creó en 1994 el Centro Nacional

Autónomo de Cinematografía, CNAC, en sustitución del ya legendario Foncine (1982-1994). Este instituto autónomo, adscrito directamente a la Secretaría de la Presidencia, tiene por misión —bueno, cómo decirlo...— velar por la supervivencia del sector, evitando que nos convirtamos definitivamente en un recuerdo, que se oxiden las cámaras que un bólvvar fuerte nos permitió importar hace algunos años, para así sacar a flote un hermoso oficio de minorías que buscan, con desesperación, hacer contacto con las mayorías. (Cómo competir con ese «mal-dito género» —las telenovelas— que nos arrinconan casi imperceptiblemente en el imaginario de los ciudadanos con banderitas).

Pero aún hay más: estos 100 años del cine se traducen, para nuestro pequeño universo, en que contamos con una Ley, con un instituto fomentador y, para sorpresa de muchos —incluyéndome—, con un presupuesto de 800 millones de bolívares.

Suponiendo que existan dólares a 170 bolívares, estamos hablando de 5 millones de dólares para inyectarle vida al cine en este año aniversario. Y entendemos este aporte al CNAC como una actitud consecuente por parte del Estado, acompañada de la promulgación de una Ley y de la creación del Instituto. Esto se constituye en una enorme responsabilidad para quienes van a manejar dichos recursos, tanto para los administradores como para los productores y creadores. Es cierto que en 1982 Foncine recibió 25 millones de bolívares, algo más de 5 millones de dólares; pero, para ese año, el presupuesto nacional en dólares era de 20.800 millones, mientras que hoy el presupuesto está estimado en 16.440 millones de dólares. Los recursos se han estrechado en proporciones alarmantes en cualquier sector nacional, y esto patentiza la responsabilidad de todos los que estamos involucrados en encontrar un mejor destino para el país.

El respaldo a la posibilidad cinematográfica, en este año aniversario, es un hecho irrefutable que se constituye en un

*Carlos Oteyza Scull*

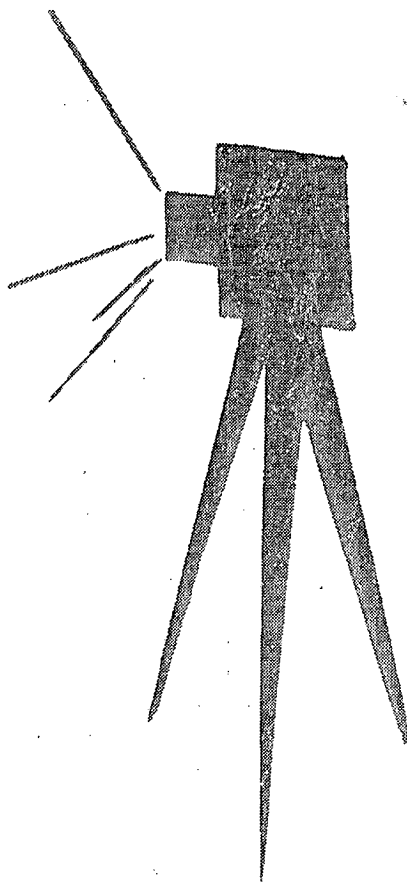
**Estos 100 años del cine se traducen, para nuestro pequeño universo, en que contamos con una Ley, con un instituto fomentador y, para sorpresa de muchos — incluyéndome—, con un presupuesto de 800 millones de bolívares.**

inmenso reto. Y, aunque toda comparación es odiosa, ya que se presta a conclusiones ligeras, es importante saber, para entender con claridad lo que decimos: que el presupuesto de Venezolana de Televisión es de 1.100 millones de bolívares, y que, en otro orden de ideas, el de Fe y Alegría es casi similar y atiende la escolarización de más de 70 mil alumnos.

En relación a la situación de la televisión del Estado, cabe preguntarse si será necesario llegar al centenario de la televisión para que tenga un presupuesto que le permita transmitir algo que no sea un «flash back». La respuesta al canal hipertrofiado por el clientelismo político de los ochenta, no puede ser un presupuesto que lo deje «retaco, macilento, canijo», como Juan «el veguero», en la novela Cantaclaro. El canal 8 merece otro tratamiento, y lo decimos porque desarrollar una buena Televisora Nacional es un riesgo que debemos tomar.

Un destello de optimismo alumbra lo cinematográfico en este momento. Para finales de marzo se están filmando simultáneamente tres películas nacionales; pronto comenzarán dos más; y son cinco los estrenos planificados para los próximos meses. Esto último, si los distribuidores lo consienten.

Ahora bien, sabemos que al país no le han faltado leyes, institutos autónomos ni recursos y, sin embargo, en los listados internacionales, excluyendo el rubro



de «banqueros prófugos», la posición nacional es sencillamente bochornosa. Así que el reto de manejarnos con un alto sentido de responsabilidad, frente a la favorable plataforma en el campo cinematográfico, es un imperativo. Las iniciativas privadas tienen que reforzar en todos los sentidos el espaldarazo que el sector está recibiendo del Estado, y así lograr que este apoyo sea constante en el tiempo y no coyuntural. Hoy, atraer recursos de otros horizontes es un objetivo a mediano y largo plazo.

Es necesario entonces apelar a la madurez de los dirigentes del sector, es decir, a nosotros mismos; llamar al debate público con todos los riesgos que algunas veces esto implica; recurrir con

**Es necesario entonces apelar a la madurez de los dirigentes del sector, es decir, a nosotros mismos; llamar al debate público con todos los riesgos que algunas veces esto implica; recurrir con tozudez al difícil arte de formar coproducciones; invocar a la humildad y a la sabiduría del creador para entender las respuestas del público frente a su obra (lo que no significa complacencia); citar con inteligencia a la gran maquinaria audiovisual —la televisión—, para que, como en tantos otros países, participe en la realización de películas. Por último, apelar a la autocritica cuando sea necesario, sin complejos ni remordimientos, ya que éstos sólo retrasan las acciones a tomar.**

tozudez al difícil arte de formar coproducciones; invocar a la humildad y a la sabiduría del creador para entender las respuestas del público frente a su obra (lo que no significa complacencia); citar con inteligencia a la gran maquinaria audiovisual —la televisión—, para que, como en tantos otros países, participe en la realización de películas. Por último, apelar a la autocritica cuando sea necesario, sin complejos ni remordimientos, ya que éstos sólo retrasan las acciones a tomar.

La pasión con que hemos construido nuestra historia cinematográfica ya no es suficiente. Una fuerte dosis de realismo, para un país que da los últimos coletazos de la euforia petrolera, debe ser la mejor respuesta para combatir la incertidumbre en los próximos 100 años de vida del arte cinematográfico. ■

Carlos Oteyza Scull es Director de cine

